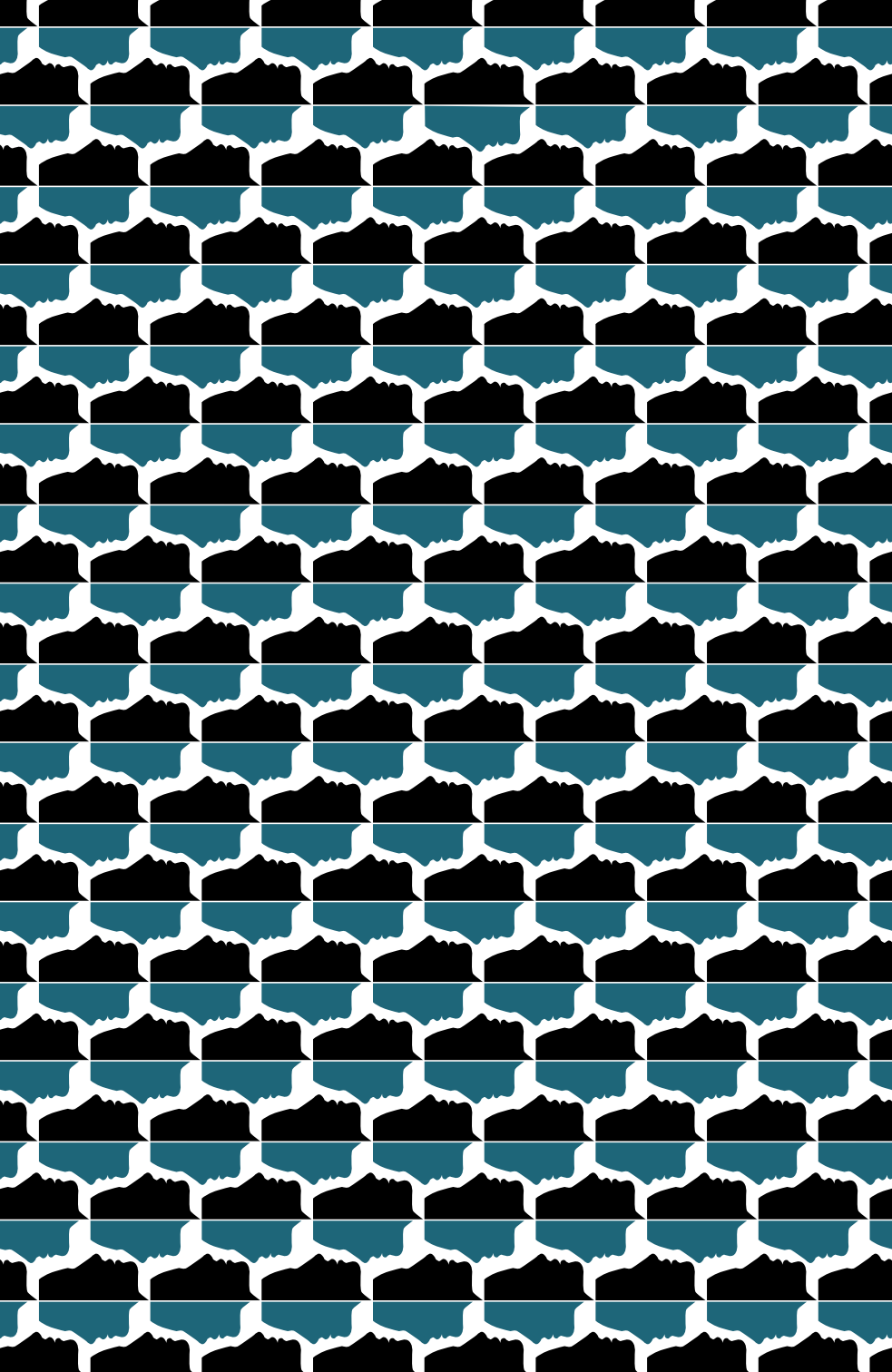


HUNDIMIENTOS

YANIRA GARCÍA



Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
Instituto Municipal para la Cultura de Pachuca



HUNDIMIENTOS



serie URBANOS
POESÍA

H. Ayuntamiento de Puebla 2018-2021

Claudia Rivera Vivanco

Presidenta Municipal Constitucional

Miguel Ángel Andrade

Director del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

José Luis Prado González

Coordinador de Fomento a la Lectura y Editorial

Tatiana Vázquez Niconoff

Diseño editorial

H. Ayuntamiento de Pachuca de Soto, Hidalgo 2016-2020

Yolanda Tellería Beltrán

Presidenta Municipal Constitucional

María Inés Sandoval Perea

Directora General del Instituto Municipal para la Cultura de Pachuca

Hundimientos

Primera edición: 2019

ISBN: 978-607-8123-67-4



SERIE URBANOS
POESÍA

D.R. © Yanira García

D.R. © Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Reforma 1519, Barrio de San Sebastián, Puebla, Pue.

www.imacp.gob.mx

D.R. © Instituto Municipal para la Cultura de Pachuca

Arizpe 18, Centro, Pachuca, Hgo.

<https://www.pachuca.gob.mx/lacasadetodos/>

Queda prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

Impreso en México.

HUNDIMIENTOS

YANIRA GARCÍA



Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla
Instituto Municipal para la Cultura de Pachuca



Escribo desde el mapa de la muerte.
El viento fresco incinera los filos de la tarde,
mientras la medialuz se cristaliza al norte de mis ojos.

Debí vivir con más entrega.
Debí abrir ventanas y sentir el invierno remontar por las
paredes.

Tuve miedo a enfermar, a forjar lo incorrecto.
No quise pincharme los dedos bordando flores en mis
sábanas.

Busqué la calma chicha,
tomé vitaminas antes del desayuno
y viví con temor de la opinión ajena.
Hoy no sé dónde queda mi escrúpulo perpetuo,
la incertidumbre amiga del insomnio,
el esfuerzo continuo por ser alguien
como si la palabra *alguien* significara algo más
que una sombra.

Escribo desde este crepúsculo desteñido y salobre
con una mano que ya no es mía:
me la presta la tinta pálida del agua
y dicta el terror de saber que garabatea un muerto,
que estoy en este punto gris donde todo es dudoso.

I Titanic

*And as the Smart ship grew
In stature, grace, and hue,
In shadowy silent distance grew the Iceberg too.*

Thomas Hardy

No. La tragedia no fue el naufragio,
ni el cataclismo integral de mi existencia.
La desgracia fue pensarme invencible,
desafiar la palidez indescifrable de la noche.
Ahora deshojo mi piel en el silencio,
tengo espacio de sobra para ver la penumbra,
y al hacerlo
mis pupilas se acostumbran a medir lo perenne
en pasos líquidos.

Nací el 2 de abril
y ese mes abandoné la vida.
Nací para el océano
-vine al mundo para dejarlo atrás-,
llegué para fluir y transitar la tierra por el agua.
Ese era el destino que debía describir,
la historia de la que hablaría hoy:
Zarpé. Dejé un puerto para llegar a otro.
Conjugué el verbo navegar de todas las maneras posibles
y hablé el idioma del aire que cedió ante mi ruta.
Todo eso debía contarles hoy, tal vez alguna anécdota de viaje.

No fue así,
jamás surqué ese trayecto marcado en las bitácoras.
Mi itinerario desgarró la cartografía que daba cuenta
del que sería mi cosmos,
apenas supe de él por un cielo de luz plateada y cristalina:
seis ocasiones.

Después sólo sosiego. Las nubes dejaron de hilar letras.
Pensé ser indomable, ese fue el primer golpe que sacudió las
estructuras,
nadie temió, no había terreno para lo imposible:
posible era llegar, inverosímil que un témpano perfecto creciera
en medio de la nada.
Nadie dudó de mí,
inútil descifrar si una mano tembló al decir adiós,
si algún pecho se oscureció al percibir
la incertidumbre de las corrientes bajo la proa.
Si alguna lágrima lavó la piel de mi cubierta
no fue un presagio,
más bien el temblor que ocasiona moverse,
salir del lugar donde algo de nuestro sopro queda:
células de la piel sobre los muebles,
humedad en un cuerpo.

Por mi parte nunca hubo incertidumbre alguna.
Ansiaba hacer girar la luz de aquella tarde,
desconocía el miedo,
soñé con tanta furia hasta quedar vacío.
Inútil predecir lo que ha pasado, buscar una señal en algún rostro,
ver la herrumbre y el hierro retorcido en un gesto.
Aquí ya no es ayer, no puedo hacer esfuerzos por salvarme,
la celebridad de mi fracaso ya atravesó los huesos.
Es inmensa.

No concluye un viaje
hasta llegar al sitio que la senda establece,

así estoy irresuelto, en espera constante,
indestructible a la falta de reposo.
¿Dónde queda el destino del que desaparece?
¿Son mis pasos la ausencia de los mismos?
Si corroer mis espejismos con preguntas
no fuera suficiente,
¿qué pasó con el lugar que ocupaban los náufragos?
Alguien lamentó la pérdida de otro hasta quedar desierto.
Alguien llevó un fantasma a su lado el resto de sus días
y otros más anegaron ganas y voluntades
hasta perder de vista cualquier rastro futuro.
Alguien pensó:
*este giro del mar es una bocanada de la tierra,
el mundo acomodando nuestras sombras,
estaremos bien, el barco no puede zozobrar.*
Seguramente las palabras rechinaron más fuerte que mis ejes
al momento de hundirnos,
no pude concentrarme en todo lo que oía,
solo presión extraordinaria en cada átomo:
irradiación de sal en la mirada.

El agua pesa más que todas las cordilleras juntas,
un continente entero es más liviano.
Ustedes deben saberlo con precisión de música
pues viven en la tierra
y cada paso por su mundo mineral
taladra y reverbera hasta mi tumba líquida
como un recordatorio.

Te atreves a nombrarme en primera persona
y a recurrir a una historia mil veces redundante.
Metralla de ruinas te ha traído a este mar
que detona mis frases en tu lengua.
Desciende hasta donde respira el óxido que consume el recuerdo,
duelen más tus historias malogradas,
tu oleaje de derrotas.

Elevo mi copa por todas las caídas,
los lugares comunes donde habito,
la congoja en la voz cuando nombro lo que creía inigualable y
único.

¿Cuántas lenguas habitarán mi lengua?
Cada una dice algo que no entiendo
y pongo en esta hoja el dictado más fiel
de mis incertidumbres.

La densidad del hielo es una hoja en blanco
y la viscosidad del agua amontona letras sobre su limpidez,
por eso puede flotar a la deriva,
retumba, jadea,
es de temperamento caluroso.
Sabe que el mundo se acaba en lo que emerge,
al disolverse una molécula polarizada
y perder su soplo electrizante.
Sabe que todo cambia y se transforma
(cómo o por qué
continúa derritiendo su existencia).

Segundos antes del desplome,
el suicida –imantado por el remolino de la luna–
se lanzó a la membrana de la oscuridad
y pensó que el buque iba tras él
para salvarlo.

Elevo mi brazo hacia la superficie,
un ligero hilo de luz se enreda entre los dedos,
llevo toda la noche soñando que llegué a tierra
y los tambores estallaron de gusto en mis oídos
mientras los muertos recorrían el muelle, llegaban del brazo de
alguien
hasta la costa que divide la penumbra de mis palabras.

Los muertos viven como si no tuvieran futuro.
Entran y salen de los sueños,
se filtran hasta lo más profundo de los pasos.
Les gusta saber que están marcando un ritmo desde el fondo,
como si presidieran la vida de los que van encima de sus cuerpos.
Esa es solamente una suposición,
los muertos podrían ir por el aire,
pasar volando junto al cuervo
como si alguien consiguiera percibirlos
o habitar las montañas.
Quién puede saber sobre sus hábitos.
Enciendo la luz para dejar de verlos,
concibo la vibración que dejan a su paso.
Voy a salir a navegar con ellos,
no quiero que se olviden de que existo.

El fracaso es un iceberg que crece en el estómago.
De ahí trepan sus ramas hasta el corazón,
se abren paso los gélidos tentáculos
hasta llegar a la garganta y a la lengua.
El fracaso sabe a fragmentos,
a un vidrio formidable que se despedaza en los pulmones
tan solo cuando inhala
y lanza astillas al mundo cuando exhala.
Nadie más habrá de andar descalzo sobre ellas
sino quien las creó con su estropeado aliento.

Que mi alma se rija por las tempestades,
que todos digan que caí
y sólo me recuerden como ejemplo de la desventura.
No puedo remediar mi predisposición a la desdicha,
ni revertir el golpe y la zozobra.
Que olviden que existí
hasta que mi silencio se haga uno con el mar
y ya no esté.

Mientras tanto calculo la fuerza de la brisa
en las pequeñas olas
y el calor de tus manos que acaricia la playa
en el ojo del huracán que nos observa.

Se dice que es posible transitar en el tiempo.
¿Repetiría –entonces– lo que hice
esperando que las cosas cambiaran?
¿lucharía en las mismas batallas que ahora sé perdidas?
Observo las calles ante mí,
cada paso puede cambiar el rumbo de los hechos,
puedo colisionar nuevamente con algo,
es probable también que los astros iluminen mi ruta
y me alce victorioso junto al río como un tronco de nogal.

La otra posibilidad es que antes de llamar a la puerta
mi mano se congele al tocar la perilla
y no pueda girarla sin sentir un temblor finísimo en los dedos.

No habría así más futuro que la espera y la duda,
indiferente el mundo ante la minúscula tormenta
de mi vacilación.

Si pudiera volver algunos pasos,
kilómetros de pasos
como un río que cambia su corriente
más al este que al sur,
más a la cordillera que a la costa.
Tal vez entonces encontraría quién soy
y a dónde quiero ir
y dormiría en mi lecho de arena
más tranquilo,
sin preguntarme mucho el porqué del coral
la razón de un lucero en mi mano.

Le llaman recoger nuestras huellas,
ir tras cada segundo que anduvimos
y desandar lo que creímos recorrer.

Entonces ya no habría más futuro
que la tranquilidad de saberse pasado.

Pongo atención al cielo
tratando de entender mi existencia,
llegar a él exige una concentración considerable
que me permita traspasar metros de agua,
más de tres mil para ser exacto.

En ese trayecto gano algunos minutos para cavilar sobre lo breve
que le parecerá a una constelación mi espera en la inmensidad
del universo.

No sé si desapareceré antes que aquellos que siguen recordando
mi tragedia
o si ellos se desvanecerán antes que yo,
de cualquier forma, será un lapso muy corto
para esa nebulosa que hoy supura la lluvia.

Si al menos recibiera una carta,
algunas palabras a través de las cuales
pudiera llorar mis rutas sumergidas.
Si alguien dijera que entiende la penumbra,
los restos colapsados como alas rotas
y la mirada turbia de la sal.

Un pez de fuego revolotea a mi costado.
No hay más que trayectorias de peces que no cubren la duda,
círculos refulgentes de lumbre que no encienden
sino la espera del que nada espera.

La vida se anega en este laberinto de sombras
y fluir es deber de la existencia,
abrirse paso como el aire en las ramas de los pinos
(entonces, ¿estoy muerto?)

Debí hacer tantas cosas:
cubrirme con la luz,
ir a la superficie a limar la mirada,
olvidar cualquier ruina aleatoria.

Todo el océano entra a la casa,
estallan los cristales
mientras me pregunto si así concluye todo,
si el final simplemente nos toma inadvertidos
o es algo que planeamos
letra tras letra.

II

Euzkera

El mar se llevó mi vida.

Emilio Razzore

(dueño del Circo Razzore)

Agosto posee un estridente centelleo.
Bajo las pocas nubes,
el mar es combustión que enciende la mirada.

Azul caribe el día
para que un navío sus anclas leve
y arista que corta el horizonte sea.

Ya no puedo observar su movimiento,
no veo más que palabras desplomándose.

El circo entero a bordo
hace un salto mortal.

Quedamos a la espera
de las líneas del trapecio descifrando el futuro,
la banda de música marcando el ritmo de la luz.
Queríamos ver el estallido del cielo
entre las carpas,
los milagros del mundo
dentro de un frasco
donde también cabían los espejismos
de las vidas comunes.

Puse mi silla frente al lote desierto,
tornasolado el soplo de la tarde.

Conté el revoloteo de las gaviotas
mientras aguardaba el desfile: los paquidermos
probando la dureza del mundo,
la mirada de los animales
recordándome que es frágil la presencia,
que hay algo siempre al acecho de mi sombra
desde su propia sombra.

Saqué algunas frases de mi cuaderno inútil
para decir que hacía algo mientras aguardaba:
esperar es el más terrible de los verbos,
carece de pasado y de futuro,
sólo está ahí mientras nada sucede.
Así que me angustié cuando esta palabra
se estiró y consiguió con una exhalación
los últimos brillos del ocaso.
No llegarían.
Nadie iba a venir
por más que lo deseara.
Tallé mis ojos para comprobar
que el vacío era real
y pude ver ese jardín de lentejuelas
perdersse en el oleaje.

Ágil entre los montes
para tejer con aire las veredas.
Torpe en el agua:
el cuello es más bien un obstáculo
para introducir oxígeno al torrente.
La piel absorbe la humedad
como si procurase
recoger el océano
antes que tome posesión de las entrañas:
inútil voluntad. Después de todo
la llama es un animal de fuego.

No hay barco ni circo que navegue sin gatos.
Son la trampa perfecta,
el zarpazo puntual sobre los miedos.
Pasan inadvertidos
como aire en el otoño,
con la prisa que llevan las cosas
que elaboran la vida sutilmente:
existen sin un acto protagónico,
no hay reflectores sobre su piel de seda.
Sin embargo ahí están,
con toda su aversión por el agua,
pero nunca detrás de los barrotes,
seguramente nadando hacia una isla
que les permita tomar posesión
de un mundo nuevo.

Un elefante bajo el agua es un camino
inmóvil, recostado en el fondo de la vida
tratando de olvidar todo lo que lleva en la memoria.
No muere por completo un elefante
hasta que arrincona los símbolos
de lo que vio con diminutos ojos,
entre los arrecifes.

Salir a pescar recuerdos de elefante,
verlos nadar en círculos como aves de rapiña
alrededor de sus reminiscencias.

En tierra caminan en torno a los cadáveres
de los que más amaron.
Aquí sus fantasmas son quienes merodean
el cuerpo sumergido.

Olvidar sería dejar de ser.
Entonces se vuelven estampida
para elevar el nivel de las aguas
y como un tornado pasan cerca del corazón.

Observo los dos elefantes torpes de mis manos
tratando de abrirse una vía
a través de la floresta de la hoja.

Selva en blanco
para dos ásperas y jadeantes bestias
cuyo dedo pulgar es la nariz y brazo
con que pretenden remover esta rama.
Pero esta rama es solo un espejismo,
no da sombra ni fruto
y los dos están determinados
a obtenerla.

Los echo a correr agitando los dedos
y oigo cómo se internan
en la espesura
del silencio.

Max era el gato que domaba la luz de los crepúsculos.
Ojos de incendio de árboles,
piel para arrullar el infinito.

Zarpó para demostrar
la redondez de su tazón de leche.

Tarde o temprano hay un puerto, un muelle
del que tendremos que partir.

Anclo mi buque con toda
la fuerza de las extremidades,
observo los torrentes
arrancando símbolos de mis órganos.
Llevo mi dedo índice al centro del desplome

que habré de resistir

y lo pongo después sobre los labios
como señal del silencio
de la espera.

Sobre su espectro boga el tigre,
con remos de su piel rompe el cristal del agua.
El tigre no conoce el temor,
es fuerte incluso cuando se hunde.
Observa el fondo,
las corrientes eléctricas del mar
y sabe que su lucha concluirá
reclinada en la arena;
desciende suave
como un pétalo que apenas rompe
el soplo del invierno.

Huele el miedo en las olas
y lame sus bigotes
para saborear la sangre descolorida del molusco.
Toma una línea de su piel
y traza un continente
justo donde termina el firmamento.

Ese dominio es una costa falsa sobre el mundo,
una canica al borde de la hondura.

Va a nadar hasta ella
y desde ahí
me observará al acecho.

Todo lo que se eleva
hacia la superficie,
todo lo que respira y es denso
y vibra como diapasón de los pulmones.
Todo,
con su corcel de anhelos
y sombra de memorias,
hasta lo más intrépido y magnífico,
incluso Dios y todas sus promesas,
va a naufragar un día
en las aguas glaciales del olvido.

Esa mañana
el clarividente se observó en el espejo
y creyó ver oleaje elevado en su camisa.
Sacudió la borrasca de su cuello
y continuó intentando descifrar
el nombre de la mujer
que iba pulverizando el sol
con su cadera.

En el follaje azul ese cóndor canta,
canta porque está muerto,
y ahí,
es posible que todos hagan
lo que siempre soñaron.

Este es el caballo que nació de la hierba,
el que cabalgó la medianoche
hasta llegar al sur de sus montañas.
De ahí remontó el valle
y se abrió paso hasta llegar a un buque.
El buque refulgía como la muerte
que nos llevará a galopar sobre su espalda,
tarde o temprano,
a todos.

Acostumbrados a los círculos de la pista
–una vez que el domador no está–
los caballos empiezan a dar vueltas
con una velocidad vertiginosa.

Rompen el agua hasta volverla polvo,
levantan sierras donde hubo cavidades
y cambian la geografía del orbe
hasta hacerlo un camino
donde sólo se pueda transcurrir
sin anegarse.

Pace sobre las marejadas
un alazán,
 límpida su pastura
como aguacero.

El alazán me observa y descubre dos mundos,
dos dimensiones si queremos llamarlas de esa forma:
ésta, donde su pelaje es de vocablos,
y aquella en la que florece sobre la superficie de los mares.
Podríamos decir tres, si pensamos en el cuerpo
que yace bajo la embarcación.

No le importa en verdad ser uno o muchos,
marca el tiempo con un trote arbolado
y se aleja de mi vista
simplemente dando vuelta a la hoja.

Del ladrido del perro
cuelga un trazo
que tensa bien el aire
para que el equilibrista lo recorra.
De la barra que le da a la gravedad un centro
pende el sol a la izquierda y la luna a la derecha
como alas que elevarán al perro.

De este acto, que desafía las leyes de la masa del agua desplazada
contra el peso de un barco, nace la ondulación que pone a bailar
al perro sobre los hombros del equilibrista. Así emergen donde
la densidad de la intemperie está desnuda, mientras los peces son
flores entre los metros cúbicos que se derraman de la línea de flo-
tación del horizonte.

Dos gritos abren la fluidez del diluvio,
siempre habrá dualidad en lo que construimos:
somos dos que se alojan en los huesos de uno,
compactados los órganos, unida la memoria,
de una costilla surge otro esqueleto
del cual nace otro rostro
que siempre es el tuyo.
Todos somos siameses de nuestra propia sombra.

Entonces sucumben al zozobrar la última aleta de estribor,
sostienen las mejillas de su imagen,
nadan entonces en sentidos opuestos y esperan
a que el aliento de la muerte
los separe.

Rayas de sombra para cubrirse del sol
que ya no alumbra.

Rayas de rayos negros que atraviesan la imagen
como un recordatorio de que nada es totalmente nítido.

Hay quien dice que ese caballo es azabache
y que son fragmentos de luz
los que recorren su trote por la hierba.
Podría ser blanco y llevar en la piel polvo de su sombra.

Como los árboles, cuyo tronco guarda las estaciones en anillos,
las líneas de la cebra se ensanchan conforme el tiempo las transita,
así abren un camino para que esté en constante migración
de la montaña al lago,
del circo al mar,
de la vida a la muerte
o como quiera.

¿Cómo decide el hábil trapecista,
acostumbrado a leer el riesgo en cada imagen,
subirse a un buque de jirones y puertas que rechinan?
Un navío sin porvenir, de hierros como pájaros
y ventanas que hablan lenguajes ya marchitos.

La embriaguez de las olas
debe ser distinta a la del giro por los aires.

No pudo notar la polvareda azul del remolino,
ni la voz que apenas rozó su nuca
para advertirle la caída de ese otro columpio
más real y más inquebrantable.

Cuando vas recostado sobre el agua
y la savia de la profundidad se anega en los oídos,
puedes descifrar el compás que tu cuerpo preside.
La respiración es entonces una falla geológica
que se abre paso desde lo subterráneo de la piel hasta los ojos,
así puedes ver la vida como en una bola de cristal:
las señales están en ese ruido nebuloso para oír las corrientes
de la sangre
y piensas que en esos manantiales está escrito el pasado del
mundo
y todo aquello por venir.

No hay más destino ni mayor complejidad
que ser un barco de papel a la deriva.

Semejante al agua
debe ser la tierra en los oídos.
Nunca he llenado mis tímpanos de arcilla
ni he logrado zambullirme entre las olas ocre del paisaje,
debe dar la misma sensación de poder oír hacia dentro,
como si la puerta de uno mismo estuviera cerrada
y el paso del aire por las vías de los pulmones retumbara en la
frente.

Hundirse en sólido o líquido, por tanto, es paralelo.
Salvo para quien puede abrir los ojos
y ve la luz de un faro en la distancia,
como a través de un vidrio,
o el negror de la tierra entre los huesos.

El otoño existe para los árboles
que saben interpretar los mapas de sus pétalos
y ven las estaciones en su estructura leve,
a contraluz.

También existe para los arrecifes que son nubes
y recorren la mirada transparente de los navegantes
tratando de entender la geografía del tiempo.

Así llegó el otoño hasta esta hoja
que ahora lanzo a la oscuridad de la palabra fondo
para que de su sombra
cuelgue mi voz.

Caigo
con todo
el peso de la luz.
Baila la lejanía y me regala
gotas, cristales
donde dejar
lo último que observo.
Voy al núcleo,
resbalo,
destruyo el delicado hilo del que pende mi soplo.
Ahogarse
es simplemente
poner agua de por medio.

Corre el león a través de la tinta,
su melena va persiguiendo la punta de este lápiz
para escalar hasta mis ojos
que ahora ven derramar el ámbar de su piel
hasta formar
una palabra completamente nueva.

Los felinos pueden predecir el color de la luna.
Huelen el corazón de las estrellas y descifran el nombre
de las constelaciones.
En su piel respiran los árboles extintos.
Dentro de una jaula,
bordan con sus pisadas mapas inexplorados
y deshilan el aire para trenzar los sueños.
Detrás de los barrotes y bajo las corrientes de los mares,
pueden ser un tifón que eleva los torrentes
y los condensa detrás de la ventana.

Desde la proa
el adivino arrojó un mazo de cartas de tarot.
Después quiso leer en ellas el futuro del sol
dibujado en la espuma.
Nada pudo extraer.
Sólo ese contratiempo en el compás
con que la sombra vuelve siempre a ser luz:
la honda ondulación que teje el movimiento en la mirada.

Los ojos del chimpancé son subterráneos,
observan hasta lo más secreto,
saben bien nuestros deseos e instintos.

Brillan como piedras al sol.
Nada detiene la transparencia con que penetran las sombras.

Verlos es cambiar de trayectoria
y entrar en el espejo que nos devuelve
al otro que creíamos olvidado.

Inmensa era la lista de los daños:

59 fieras,

20 cajones grandes,

3 baúles

56 pasajeros y 11 tripulantes.

Descomunal el deterioro

calculado en quimeras y anhelos,

en odios y en amores.

El mar devora y quema,

disipa hasta la última luz de tantos ojos recibidos.

Se abolla un poco la voz al querer recuperar las últimas
imágenes.

Imposible rescatar lo que reclama la sal y la espesura.

Absurdo lanzarse hacia el abismo

sin morirse también a cada paso.

Tal vez una luciérnaga,
ese bicho incapaz de someterse
a las utopías del coliseo
y a los espectadores de la fiesta,
haya revoloteado el lugar del desplome
para dar claridad a lo que ya era sombra.
Los espíritus de los animales la siguieron entonces:
órgano luminoso buscando la cerradura de las jaulas.

Para domesticar a un halcón
hay que extraer la rosa de los vientos de sus plumas.
Después es necesario diseccionar los ríos que lleva dentro
y sosegar los tifones que colisionan en sus alas.
Hay tratados enteros sobre esta ave,
pero olvidan mencionar una cosa:
una vez domesticado,
el halcón puede olvidar quién es
y girar en el viento hasta formar un remolino.

Amo el calor de junio de los perros
y los ojos diáfanos como puertas.
No puedo concebir al pobre animal que gana su comida
bailando sobre carbones que arden
o saltando la cuerda con que se le fustiga cuando todos se han ido.

Mejor el mar entonces.
Preferible adentrarse en los afluentes
y limpiar los estremecimientos.

Que nada empañe su mirada
y que la humedad sea una caricia,
un aire de verano en las membranas.

Aros de fuego para saltar la muerte,
saltar para creer que se está vivo,
volar hacia la luz y ser oscuridad,
atravesar la raíz de las palabras.

Aros que se abren como túneles.
Círculos para insertar los dedos
y clavar a la luna en una hoja.

Huecos para incrustar las manos en el mundo
y pretender que la función es todo un éxito
cuando vas por el aire,
creyendo que lo tienes bien previsto,
y en realidad no sabes en qué termina todo.

Yo también hago malabares con la lluvia
y contorsiono el corazón si es necesario.
Arrojo mis huesos por el aire,
construyo un arco con rodillas y omóplatos
y dejo que león olfatee las ramas de mis dedos.

Mi circo es algo absurdo,
sin embargo,
a pesar de lo audaz de las funciones
apenas alcanza para ganarme la vida en cada acto.

Si ese barco se hundió,
elevemos su recuerdo hasta que se convierta en nube.
Si encontró el fin del mundo
y llegó hasta el confín de lo que conocemos,
hay que avivar su luz como una hoguera
para esperar despiertos
hasta que llegue la hora en que también veamos
el límite de nuestra propia parte de existencia.

Gira el agua al hundirse,
espiral en las manos y en los ojos,
todo se vence ante la carga de respirar,
vivir es una lápida de plomo,
sólo aquello que vive se hunde y precipita.
Solamente lo vivo sucumbe al peso de líquidos y sólidos
y le afecta caer,
se desvencija y duele,
se corrompe sin aire y por medio de él,
el tiempo lo hace trizas y polvo.

Únicamente vivo eres final
y tienes la certeza del desenlace único,
sin embargo,
¿quién prefiere estar muerto?

III

Un navío sin nombre

*A Esaú, que sobrevivió dos veces
la travesía en La Bestia.*

*Para Alejandro, que no sobrevivió
a manos de las otras bestias.*

Dejamos la costa mientras acariciamos palabras con los dedos,
cada sílaba de cada plegaria va en las manos que se ciñen para
darse certeza,
suplicamos llegar, pedimos que el mar no traspase el fondo de
este buque.

El barco va contrapunteando el ritmo de la madrugada.
Todo lo furtivo se consume cuando la luz no está segura de sí
misma.

Esa hora en que el mundo queda suspendido entre la vida y la
muerte,
como un péndulo.

Así abandonamos tierra firme, sólo podemos ver la playa como
una aparición.

Llevo una pequeña valija con mi existencia bien arreglada
entre el cristal molido del abandono,
reviso mis uñas para confirmar que estoy aquí y mi cabello se eriza
como antenas que buscan el otro lado de estas aguas.
Sería bueno que la vida tuviera un frente y un reverso,
que se le pudiera dar vuelta y encontrar otro rumbo,
una opuesta rosa de los vientos.

Entonces me pregunto si cada decisión es elegir entre ambos y
por lo tanto existen.

Mis hijos amarran sus temores a mi piel
y vuelvo a la marea que va ganando impulso.

Irse es simplemente elegir entre lo fortuito y lo que se queda
con su carga de sombras e imprecisiones,
casi siempre un muro dolorido, indecisión, pobreza.

Optamos por no pensarlo mucho.

Veo a mis niños escarbando el silencio:
el temor es una costra muy profunda.

[En la tierra también es posible naufragar,
estalla y se abre,
rumia historias y sentidos,
desaparece en sus profundidades cualquier cosa,
se lo tragó la tierra, dicen
y todo huele a polvo,
a gránulos sin luz.
La tierra tiene una garganta más prolongada que el océano.
Es cruel como el más vil de los depredadores,
tritura y convierte en olvido
lo que apenas la recorría confiando en su belleza.
Sólo basta ahondar un poco para ver que nunca alcanzaremos
sus entrañas,
más allá de raíces y gusanos,
debajo de las fosas clandestinas y los gritos sin respuesta,
nada podemos ver.
Debí notar sus olas como montes,
debí temer que sólo devolviera mis huesos machacados en su
puño.
Confíé en ese camino que se abría como una cerradura,
lo recorrí años antes
y pensé que ese mapa anterior me daría las señales necesarias
para sobreponerme a las bocanadas de arcilla,
a los dedos clavados hacia dentro.
Pero hay tormentas más fuertes que el ardor de alcanzar el destino,
hay meteoros, maremotos, golpes de agua de tierra
que te explotan en la respiración
y ponen a trepidar cualquier oleaje.

Así vamos los náufragos,
temblando como las moscas sobre los desperdicios,
volando entre huracanes y tormentas de arena
o revoloteando como bolsas de plástico ceñidas por las púas
que separan nuestros sueños del resto de la tierra.]

Un hombre viaja en un barco que se hundirá muy pronto.
Nada le advierte.
No hay señales dibujadas en los suaves contornos de las nubes.
Nada dice el reflejo que incendia la ondulación del agua.
No importa que haya soñado con llegar a la costa,
de nada le valdrán las oraciones,
los anhelos de ventanas abiertas,
los amores que cuelgan de las líneas de sus manos.
Sobrecargada de espejismos
la nave irá venciendo la inútil resistencia del mar:
zozobrará a pesar de la firmeza de sus resoluciones,
del esfuerzo y la pasión por continuar la marcha.

Un hombre va tranquilo, ignorante.
Pronto será ese bulto bocabajo,
una masa en el litoral que provocará un segundo de asombro
y el olvido.

[De niño me gustaba jugar a esclarecer veredas,
pensaba que era fácil recorrer cualquier vértigo,
un paso enseguida de otro,
dos pies golpeando al mundo
para abrirlo a su paso.
Hay más que distancia:
está la rapiña vigilando,
olfateando al endeble,
al desvalido.

Me detuve a descansar los hombros,
el cielo pesa después de varias horas de llevarlo
como un equipaje que va marcando el transcurso del día.
Me gusta la palabra transcurrir,
es como suceder en varios puntos del tiempo.
Ya no transcurro.
Al menos no en este paisaje cada vez más vacío.

Así, recostado en un borde del polvo,
soñé que me atacaban para quitarme un poco de dinero,
golpearon mi mandíbula hasta abollar las dunas,
clavaron mi corazón en la sombra de un arbusto marchito.]

Abro un periódico para ver que todo se derrumba,
siento los temporales en el pulso que sostiene la hoja,
huelo el sobrecupo de las embarcaciones.
No sé cómo contener este papel con tinta
donde caigo hasta el fondo de la plana.
Ahí está. Es una foto que tiembla entre mis huesos.
Es solo un niño, el mar, la costa.
La arena no da forma a un castillo. Está en los poros
y las pequeñas manos sostienen una explosión profunda
que sale de la cámara y se incrusta en mis dedos.

[Mis dientes detonaron,
volé en rocas
y en segmentos de desapariciones.
Dejé de ser
como si nunca fui.
Así de fácil es abandonar todo,
a pesar de reñir y resistirse.
Hicieron con mi boca un agujero
–mi padre aún insiste
que los restos de mí no eran mis restos,
que yo sí tenía dientes para estallar de risa–
me dejaron
a merced de la noche que clavaba sus uñas
en la desolación.]

Nota

Hace años transité un desierto de cordilleras huérfanas y nubes sólidas. Cruce una línea bordada con esperanza y desamparo. Es como una cicatriz, al hablar la voy recorriendo con el tacto de mi lengua y puedo asimilar su geografía en los surcos de mis dedos. Se quedó oculta entre esos laberintos, supongo que la dejo en todo lo que voy tocando, o ella se queda en todo lo que me pertenece.

[Mi padre recibe un ramo de huesos
para llorar mi sombra.
Agita la desesperación con ellos
y niega conocer los despojos que ponen en sus manos.
No hay un hijo en un montón de calcio y sustancias marchitas,
no hay un abrazo en la dureza de húmeros y cúbitos.
No tiene olor ni voz esa estructura colapsada.

Mi padre golpea su vida con ese duro manojó de cal y púas
y divaga que llegué al norte,
que avancé indestructible y vencedor,
que me olvidé de todos.]

[De fuego es la lengua del ocaso,
incendiaria y violenta
como la herida por la que veo a mi cuerpo salirse de su cuerpo.

De abismos está construida la respiración,
a veces llega el aire a borbotones
para salir después por todos los orificios de la carne.

Ya no estoy,
siento mi mano crecer como sendero
y la observo inmovilizar este cielo que ya es lumbre,
como si algo dentro de mí dijera:
–nada de esto ocurrió
y al negar todo
pudiera también echar en reversa cada golpe
y zurcir la lesión con que abrieron la tierra
para aventar mi historia.]

Epílogo

Los naufragios son el plural de la palabra ave,
sus alas crecen hacia el corazón
como una invisible herida.

Navegar es sinónimo de trampa
y engaño se conjuga en las aletas marítimas del viento.
Así pueden nacer miles de albatros
y remontar las escamas de las nubes.

Sólo basta oler un hundimiento para observar el temblor del
horizonte.

Todo se trasmuta cuando alguien cae
al fondo de su fondo.

Todo se transfigura eternamente
pues siempre habrá alguien que zozobre,
una huella perdida,
un país

donde esfumarse sea un lugar común
como una fosa sin nombre o sin aliento.

Siempre habrá alguien que busque lo que está sumergido
y otro más que espere bajo el peso del lodo
sosteniendo lo que pensó sería la cerradura
que abre la puerta de la luz.

Lo impredecible agota, encoleriza,
hay oleajes que pueden tragarse un cielo.

Deseo que no naufragues,
que tu paso sea firme como una mariposa que hace música
contra el tambor de junio.

Que las ondulaciones ciclónicas no toquen tus recuerdos.

Deseo que no naufraguen los que amas,
nadie debe perderse en lo profundo,
no puede haber reposo en lo impreciso,
lo que se oculta y baila tras la muerte.

Pido que no olvidemos a los que han naufragado,
que diario salgan barcos al dolor y al olvido (no es excusa).
Cómo arrincono el grito, la respiración que se agota y apaga,
el dinero que no alcanzó para saldar una ruta tangible
o para satisfacer la extorsión y el secuestro en el camino.

Dejemos que los náufragos lloren a sus muertos
y los muertos sepulten a sus náufragos.

ÍNDICE

Escribo desde el mapa 7

I. Titanic

No. La tragedia	11
Te atreves a nombrarme	14
Elevo mi copa	15
La densidad del hielo	16
Segundos antes del desplome	17
Elevo mi brazo	18
El fracaso	19
Que mi alma se rija	20
Se dice que es posible	21
Si pudiera volver	22
Pongo atención	23
Si al menos recibiera	24
Debí hacer tantas cosas	25

II. Euzkera

Agosto posee un estridente	29
Quedamos a la espera	30
Saqué algunas frases	31
Ágil entre los montes	32

No hay barco ni circo	33
Un elefante bajo el agua	34
Observo los dos elefantes	35
Max era el gato	36
Tarde o temprano	37
Sobre su espectro boga	38
Huele el miedo	39
Todo lo que se eleva	40
Esa mañana	41
En el follaje azul	42
Este es el caballo	43
Acostumbrados a los círculos	44
Pace sobre las marejadas	45
Del ladrido del perro	46
Dos gritos abren	47
Rayas de sombra	48
Cómo decide el hábil trapecista...?	49
Cuando vas recostado	50
Semejante al agua	51
El otoño existe	52
Caigo	53
Corre el león	54
Los felinos pueden	55
Desde la proa	56
Los ojos del chimpancé	57
Inmensa era la lista	58
Tal vez una luciérnaga	59
Para domesticar	60
Amo el calor	61

Aros de fuego	62
Yo también hago	63
Si ese barco	64
Gira el agua	65

III: Un navío sin nombre

Dejamos la costa	69
[En la tierra...]	70
Un hombre viaja	72
[De niño me gustaba...]	73
Abro un periódico	74
[Mis dientes detonaron...]	75
Nota	76
[Mi padre recibe...]	77
[De fuego es la lengua...]	78

Epílogo

Los naufragios son el plural	80
------------------------------	----

Hundimientos,
de Yanira García,
se terminó de imprimir en
diciembre de 2019 en los talleres
El Errante Editor S.A de C.V.
—Privada Emiliano Zapata 5947,
San Baltazar Lindavista— en
Puebla, ciudad incluyente de México.
La edición consta de 1000 ejemplares.

